su administración —y cuando hace un inventario de los hechos encuentra la situación mucho menos tenebrosa que otros autores.

En varios capítulos analizan en detalle diversas materias de gran interés local, cosa que no se acostumbra a hacer en trabajos tan breves.

En el Capítulo V que trata sobre la agricultura nos ofrece un cuadro sumamente detallado y claro del programa de reforma agraria, mientras que en el Capítulo VI presenta una disertación muy abarcadora y descriptiva sobre la industria cafetalera.

En otros capítulos de interés local trata sobre el desarrollo de la región del Valle del Cauca, el rol de la Iglesia Católica y la contribución del programa de los Cuerpos de Paz.

El autor ha trabajado con el *Institute of Current World Affairs* y con el Comité del Senado de Estados Unidos sobre Relaciones Exteriores y sus diversos viajes de estudio a Colombia en años recientes lo mantienen bien informado de la situación del país.

WILLIAM P. TUCKER
Departamento de
Ciencia Política
Universidad de Puerto Rico

RICHARD HOFSTATDER. *Anti-intellectualism in American Life* (New York: A. A. Knopf, 1963); *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays* (New York: A. A. Knopf, 1965).

Los Estados Unidos son hoy por hoy el país que ha alcanzado los más altos niveles de prosperidad material en el mundo entero. No obstante el pueblo norteamericano —salvo el efímero momento de *shock* ante el lanzamiento del "Sputnik"— no parece tener una estimación por aquellos científicos y pensadores que hiecieron posible dicha prosperidad por medio de sus descubrimientos científicos que sea capaz de compararse con la que le otorga a sus artistas de cine, a sus peloteros o a sus políticos. Resulta irónico, como indica el profesor Hofstatder en su libro sobre el antiintelectualismo en la vida norteamericana, que "los Estados Unidos hayan sido fundados por intelectuales, ya que a través de casi toda nuestra historia el intelectual ha sido mayormente un extranjero, un sirviente, o un chivo expiatorio". Quien esto escribe es un prominente historiador liberal, cuyas considerables aportaciones a la historiografía norteamericana

le acreditan como un serio estudioso de la historia de su país. Menos convincente que la aseveración recién citada es, sin embargo, su explicación acerca de las causas para dicha actitud antiintelectualista, a saber, que dicho fenómeno "se basa en las instituciones democráticas y en los sentimientos igualitarios de este país". Equiparar democracia e igualdad con antiintelectualismo podrá tener una raíz histórica dentro del contexto norteamericano, pero el propio libro de Hofstatder que acabo de mencionar prueba que no han sido dichos sentimientos *per se* los que han traído consigo esta actitud, sino la peculiar interpretación —o malinterpretación— que de la democracia y la igualdad han ofrecido prominentes sectores dentro de la sociedad norteamericana.

Concibo este libro como un compañero del que el autor escribe acerca del "estilo paranoide" en la política norteamericana porque el estilo paranoide y el antiintelectualismo —como el profesor Hofstatder sería el primero en admitir— marchan de la mano. Por eso he optado por escribir acerca de los dos en conjunto. Al final se verá que ambos análisis se derivan de raíces comunes. Pero entremos de lleno en los argumentos del notable historiador liberal norteamericano.

Partiendo de la tesis que acabo de citar arriba —y que criticaré oportunamente— ¿qué manifestaciones de la vida colectiva norteamericana ilustran la mentalidad antiintelectualista y nos dejan ver de soslayo el estilo paranoide de su política? Antes que nada comencemos por definir los términos con el profesor Hofstatder de modo que podamos lograr una visión más clara de sus planteamientos.

Para Hofstatder "el intelecto es el lado crítico, creador y contemplativo de la mente. Mientras la inteligencia intenta captar, manipular, reordenar, ajustar, el intelecto examina, pondera, teoriza, critica, imagina". En consecuencia el intelecto, así concebido, se convierte en una fuerza peligrosa, "subversiva". En el paso específico de los Estados Unidos nuestro autor nos dice que las actitudes e ideas que podemos denominar "antiintelectuales" en la vida norteamericana tienen en común "un resentimiento y una suspicacia hacia la vida de la mente y hacia aquellos a quienes se considera representativos de ésta, así como una disposición hacia la constante denigración de dicha vida". Quizá podríamos pedirle al profesor Hofstatder una más precisa definición de lo que es a todas luces la diferencia entre el antiintelectualista —caracterizado por una actitud de escepticismo y recelo hacia los reclamos del intelecto— y el antiintelectual, caraterizado por una manifiesta hostilidad a la actividad intelectual *per se* y no meramente hacia la tendencia a magnificar los posibles logros

de la actividad pensante. (Así, por ejemplo, el Romanticismo como movimiento intelectual fue una reacción contra el excesivo racionalismo —o intelectualismo— de los pensadores de la Ilustración. Si se contrasta esta actitud antiintelectualista, aunque no antiintelectual, con la actitud del movimiento "Know-Nothing" en los Estados Unidos se puede captar con claridad la diferencia entre ser antiintelectualista y ser antiintelectual). El autor de este libro usa a veces los términos indistintamente, pero es claro que en el fondo la actitud que él pretende precisar es la actitud despreciativa que ve en toda actividad pensante el germen malvado de la subversión del orden existente.

¿Y quienes son los portavoces de ese antiintelectualismo? Hofstatder replica: "Estos portavoces son en su mayoría no los ineducados ni los inintelectuales, sino más bien los intelectuales marginales, los pseudointelectuales, los intelectuales amargados y depuestos, los líderes alfabetizados de los semianalfabetas, llenos de seriedad y de altos propósitos respecto a las causas que traen ante la atención del mundo". Esta actitud se combina con el hecho de que "siempre ha habido en nuestra experiencia nacional un tipo de mentalidad que eleva el odio a una especie de credo; para esta mentalidad los odios de grupos toman un lugar en la política similar a la lucha de clases en algunas otras sociedades modernas". Los antiintelectualistas son entonces los voceros de estos odios, odios que hoy parecen combinarse en la creación de un odio común a todos los que propugnan el antiintelectualismo como actitud y como ideología: el odio hacia el comunismo y hacia todo lo que remotamente se le pueda asemejar. Este odio, por ser irracional, sólo puede entenderse en el contexto de lo que Hofstatder llama "el estilo paranoide en la política norteamericana". Este "estilo" y el antiintelectualismo que le sirve como compañero van entonces inextricablemente unidos. Aquí procede entonces la vinculación entre *Antiintelectualism in America Life* y *The Paranoid Style in American Politics.*

He aquí los elementos básicos del estilo paranoide tal y como nos lo describe el profesor Hofstatder:

> La imagen central es la de una vasta y siniestra conspiración, una gigantesca y a la vez sutil maquinaria de influencia puesta en marcha para subvertir y destruir una forma de vida...
>
> Lo que distingue al estilo paranoide no es que sus exponentes vean conspiraciones o tramas aquí y allá en la historia, sino que considera a una "vasta" o "gigantesca" conspiración como la *fuerza motriz* de los acontecimientos históricos. La historia *es* una conspiración, echada a

caminar por fuerzas demoniacas de un poder casi trascendente, y lo que se estima que se necesita no son los métodos corrientes del toma y daca político, sino una cruzada a ultranza. El portavoz paranoide ve el destino de esta conspiración en términos apocalípticos— trafica en el nacimiento y la muerte de mundos totales, órdenes políticos totales, sistemas totales de valores.

Como un miembro de la vanguardia que es capaz de percibir a la conspiración antes de que ésta sea plenamente visible para un público inerte, el paranoide es un líder militante. El no ve el conflicto social como algo capaz de ser mediatizado y comprometido a la manera del político activo. Como lo que está en juego es siempre un conflicto entre el bien absoluto y el mal absoluto, la cualidad que se necesita no es la voluntad propensa al compromiso sino a la de pelear las cosas hasta lo último. Sólo la victoria total podrá ser sastisfactoria.

El autor de las líneas recién citadas cree encontrar la raíz de este fenómeno en el "pánico de *status*" de los grupos de migrantes que aún hoy se hallan inseguros de su "norteamericanismo". Los más conspícuos voceros de esta posición han sido MacCarthy y Goldwater, héroes ambos de la "derecha radical" norteamericana. No podemos compartir la distinción que hace Hofstatder en cuanto a la "política de *status*" como característica de los tiempos de prosperidad y la "política de intereses" como característica de los tiempos de depresión salvo como un "tipo ideal" que puede sernos útil desde el punto de vista sociológico. De cualquier modo el autor considera que los períodos de relativa prosperidad en los Estados Unidos han planteado con singular agudeza el problema de *status*, sobre todo entre aquellos descendientes de migrantes que tienen que probar cotidianamente su lealtad y devoción a los principios del "norteamericanismo". De aquí surge el "one-hundred percenter" que él nos describe magistralmente en el primer libro que es objeto de nuestro análisis. Escuchémosle:

Este tipo de mentalidad (la del "one-hundred percenter") es una síntesis relativamente reciente de la religión fundamentalista y del norteamericanismo fundamentalista, en ocasiones con un tinte marcado de moralidad fundamentalista. El "one-hundred percenter" no tolera ambigüedades, ni equivocaciones, ni reservas, ni críticas y considera a su forma de compromiso una evidencia de dureza de masculinidad...

El clima político de la era de la posguerra ha dado al tipo fundamentalista aliados poderosos entre otras cosas "one-hundred percenters":

hombres ricos, algunos de los cuales son aún leales a sus orígenes fundamentalistas, que resienten la contribución sobre ingresos y que aún militan contra las reformas sociales del Nuevo Trato; grupos aislacionistas y nacionalistas militantes; fundamentalistas católicos, ávidos por unirse por primera vez con sus antiguos perseguidores en la cuestión del "comunismo ateo"; y reaccionarios sureños nuevamente animados por su lucha contra la segregación.

Esta mentalidad fundamentalista del "one-hundred percenter" recibe su más acabada expresión en el anticomunismo de los "ultras" norteamericanos, anticomunismo que ilustra con perfecta claridad el antiintelectualismo que le sirve como norte a todos los que —inseguros aún de su carácter de "norteamericanos"— se ven forzados a demostrar de día a día que su lealtad al "american way of life" es inalterable. (Como puertorriqueño no puedo menos que ver al anexionista puertorriqueño como ejemplo perfecto del "one-hundred percenter" que ha descrito Hofstatder. En aquel se dan todos los elementos que están presentes en su homónimo norteamericano: la búsqueda desesperada de *status,* la inseguridad respecto a su "norteamericanismo", la obsesión paranoide con el comunismo, el antiintelectualismo).

El estilo paranoide en la política norteamericana así como el antiintelectualismo que le sirve como trasfondo forman así parte de un "syndrome" que cala hondo en la visión del mundo característico de la sociedad norteamericana. En consecuencia no es de extrañarse que el intelectual norteamericano se sienta alienado frente a una sociedad que pone su gestión por debajo de la del hombre de negocios, de la del artista de cine o de la del atleta profesional. El análisis del profesor Hofstatder respecto a el papel que en dicha alienación han tenido la religión fundamentalista, la educación de ajuste a la vida (life adjustment education), la ética de los negocios y aún el desarrollo de la democracia norteamericana a partir de 1832 nos pone al desnudo —a través de una investigación acuciosa —ese lado de la vida norteamericana que hace a muchos extranjeros pensar, con justicia, que la civilización norteamericana es una combinación de genio tecnológico y de analfabetismo cultural. Si hiciese falta documentar este arriesgado aserto el libro del profesor Hofstatder nos ofrece una rica fuente de ejemplos históricos.

El profesor Hofstatder no es el primero en señalar la hostilidad que existe de parte de la derecha radical hacia el "Establishment" de los Estados de Nueva Inglaterra, representante a su vez —no sólo de la tradición patricia y culta que considera la vida pública como

cuestión de "noblesse oblige", sin también del liberalismo progresista que los "ultras" equiparan con el comunismo. Quzá a nadie ilustraba mejor el tipo de "brahmin" bostoniano que John F. Kennedy, sobre todo cuando lo vemos desde la perspectiva de su antítesis de Arizona: Barry Goldwater. Los practicantes del estilo paranoide y adalides del antiintelectualismo resienten profundamente el poder ejercido por esta clase proveniente del Este de la nación por considerarla afectada, afeminada, y demasiado blanda en su lucha contra el comunismo. No obstante, a juzgar por las actuaciones recientes del Presidente Johnson respecto a Vietnam y Santo Domingo el estilo paranoide no es prerrogativa exclusiva de la derecha radical norteamericana, sino que inficiona aún a sus políticos demominados como "liberales". Johnson ilustra en sus discursos ese mismo fanatismo Mesiánico con que Goldwater alarmó a la opinión pública mundial, así como la inveterada tendencia a cuestionar —no sólo la lealtad de sus críticos— sino también su virilidad. En este respecto el Presidente Johnson —tan alejado del estilo de Kennedy como Texas lo está de Boston— es también un "one hundred percenter" que "no tolera ambigüedades, ni equivocaciones, ni reservas, ni críticas y considera a su modo de compromiso una evidencia de dureza y de masculinidad", para repetir aquí una parte de la cita ofrecida anteriormente. El estilo paranoide y el antiintelectualismo encuentran así su síntesis perfecta en la persona del más alto mandatario norteamericano.

Me resta únicamente referirme a lo que el profesor Hofstatder nos ofrece como las tesis centrales que sirven a manera de causas explanatorias de los dos fenómenos sociales que sirven como hilos unificadores de estos dos libros.

En primer lugar está la observación del autor en el sentido de que las causas del antiintelectualismo deben encontrarse en la tradición democrática e igualitaria de los Estados Unidos. Es ésta una tesis que he leído anteriormente a través de los escritos del sociólogo Seymour Martin Lipset. Según esta tesis —que aparece ya expuesta en Tocqueville y que ha servido como base para el libro de Luis Hartz *The Liberal Tradition in America* —Estados Unidos nunca tuvo un sistema feudal y, por ende, careció desde el primer momento del factor jerarquizante, de rígida división clasista, característica de los países europeos. De ahí que el intelectual y su actividad —tan estimada en el continente— fuese concebida en los Estados Unidos como una actividad más, carente de reclamos particulares o de determinados privilegios. Según esta interpretación la democracia y la igualdad han militado en contra del surgimiento de una clase intelectual como

un sector privilegiado dentro de la sociedad norteamericana. No hay duda de que esta interpretación es muy interesante. Pero debemos preguntarnos ¿quiere eso decir que el antiintelectualismo es forzosamente la secuela de actitudes democráticas e igualitarias en la medida que éstas prevalecen en una sociedad? ¿O es que median otros factores de aún mayor peso que son los verdaderos determinantes de esta actitud? Así, por ejemplo, ¿de qué manera la ética capitalista con su énfasis sobre los resultados prácticos y su suspicacia hacia toda actividad lúcida —una vez que está ausente el elemento de una tradición de estimación hacia la actividad intelectual— crea el tipo de mentalidad propicia a ver en el intelecto una fuerza burlona y destructiva? ¿No será que el profesor Hofstatder y los que sustentan una tesis similar a la suya pretenden justificarnos una actitud como resultado de un sistema y de un sentimiento que no han calado tan hondo en la conciencia norteamericana como parecen creer ellos? vale decir, que la actitud antiintelectualista que nos ha descrito el profesor Hofstatder bien podría ser la antítesis de la democracia y de la igualdad; de hecho, concibo que hayan sido y aún hoy sean los enemigos de la democracia y de la igualdad los que sustentan el credo antiintelectualista. Y creo asimismo que el propio libro que he pretendido reseñar así lo demuestra. Porque en la medida que los intelectuales norteamericanos desenmascaran los verdaderos poderes que en la sociedad capitalista norteamericana se escudan tras la democracia y la igualdad como términos convenientes para perpetuar la antidemocracia y la seudoigualdad en esa misma medida recibirán como pago la irreductible hostilidad de estos grupos y sus portavoces. En suma, que la mayor falla del profesor Hofstatder consiste en su ceguera frente a las fuerzas economicosociales subyacentes en la sociedad norteamericana, y que son un factor mucho más profundo y penetrante que las manifestaciones ideológicas superficiales que vocean por los medios de comunicación los ideólogos antiintelectualistas.

Una crítica similar podría hacerse a su enfoque respecto al estilo paranoide como algo primordialmente explicable a través de la distinción entre los períodos históricos donde ha predominado la política de *status* (períodos de prosperidad) y aquellos donde ha predominado la política de intereses (períodos de depresión). Aunque, como dije anteriormente, la distinción no deja de ser interesante, pasa por alto el hecho de que el estilo paranoide se mantiene vivo bajo cualesquiera condiciones porque este es el producto de todo un sistema cuya subsistencia misma depende del avivamiento de estos sentimientos y actitudes. Lo dicho es cierto muy particularmente respecto

al anticomunismo en cuanto este es expresión del estilo paranoide. Lo cierto es que el sistema capitalista —o neocapitalista si queremos— depende para su supervivencia de la creación de una demonología conveniente. De ahí que, parafraseando a Sartre en otro contexto, si el comunismo no existiese, la burguesía tendría que inventarlo. Sólo así puede mantenerse intacto el gigantesco complejo industrial-militar que se nutre de una carrera armamentista predicada sobre el anticomunismo a ultranza.

Pero a pesar de lo dicho no hay duda de que el profesor Hofstatder, desde su perspectiva historiográfica, nos ha brindado un estudio que nos ilustra acerca de dos importantes aspectos de la vida norteamericana. No es necesario estar de acuerdo con su metodología de la historia para percatarse de que su obra es el producto de un investigador competente y de un estudioso de la sociedad norteamericana.

MANUEL MALDONADO DENIS
Universidad de Puerto Rico

CHARLES T. GOODSELL, *Administration of a Revolution*: Excutive Reform in Puerto Rico under Governor Tugwell, 1941-1946. Harvard University Press.

La "revolución" a que se alude en esta nueva aportación a la literatura sobre Puerto Rico es algo más que un truco retórico. El autor de este estudio sobre la administración de Tugwell usa el término repetidamente a través del libro cuando se refiere a los adelantos acaecidos en Puerto Rico durante el pasado cuarto de siglo. Dedica el primer capítulo a "la Revolución" y concluye con la aseveración poco alarmante que "una revolución de esta clase, si se administra bien, puede ser un éxito rotundo" (p. 206).

De todos modos debemos aclarar, ¿qué clase de revolución fue ésta? Ya se ve: "tocante a los medios no fue revolucionaria ...El cambio ocurrió pacíficamente y de ahí que fuera más bien evolucionario y reformista que revolucionario" (p. 2). Desde cerca de 1960 hemos estado compitiendo constantemente unos con otros, especialmente en esta parte del mundo, para dilucidar quien resulta ser el más revolucionario. De esta manera la experiencia de Puerto Rico desde los años cuarenta ya no es simplemente una exitosa e intere-